

CARLOS FERRER SALAT JUEGO, SET Y PARTIDO

Carlos Ferrer Salat, antiguo campeón de tenis y rotundamente orgulloso de su condición de neocapitalista, se ha sucedido a sí mismo en la presidencia de la Confederación empresarial. Es hombre de dudoso presente, pero de indudable futuro. Su labor será en lo económico ir adecuando el sector empresarial, demasiado apegado al franquismo, a los nuevos tiempos. Unos nuevos tiempos que han de ir unidos a las concepciones económicas del liberalismo y la competitividad. En el terreno político deberá evitar las confrontaciones desafortunadas y los exabruptos verbales entre la patronal y las centrales sindicales, por un lado, y entre los empresarios y el Gobierno, por otro. Lo peor del caso es que, hoy por hoy, la gran masa del empresariado español no ve claro ese futuro ni a Carlos Ferrer Salat.

RAMIRO CRISTOBAL

UNA imagen simbólica de Carlos Ferrer. Estamos en los primeros días de febrero de 1978. De doce a quince mil empresarios de la región central están reunidos en el Palacio de Deportes de Madrid. Los patronos están indignados y piensan que el país se encuentra al borde de la revolución. Carlos Ferrer, presidente de la Confederación Empresarial, abre el acto, aludiendo, educadamente, a Winston Churchill; después, presenta a los oradores. Estos no escatimarán las acusaciones más duras y más demagógicas contra el Gobierno. Rodríguez de Sahagún, hoy ministro, ataca ferozmente a Fuentes Quintana, y José Antonio Segurado, tesorero de la CEOE, acusa a Suárez de haber traicionado, actuando mucho más a la izquierda, el programa de su partido. El público, cada vez más acalorado, vocifera: "Que se vaya el Gobierno" y "Eres un valiente, Segurado". Al fin, el orador grita una consigna que hace ponerse en pie, definitivamente enardecido, al respetable: "Las organizaciones empresariales —dice— son independientes y antimarxistas".

En medio del entusiasmo consiguiente, Carlos Ferrer, que ha permanecido al margen durante el acto, debe subir al estrado para cerrar la reunión y despedir a los asistentes. Sin embargo, durante algunos minutos no podrá hacerse oír; el público está gritando estentóreamente: "Que hable Olarra; que hable Olarra". El asunto está claro: Carlos Ferrer no está en su sitio. Una serie de circunstancias y de mutuos intereses le han hecho ocupar el lugar de otro. Es el tramoyista al que, de



Con bigote y varios años menos, Carlos Ferrer Salat devuelve una pelota durante el partido España-Israel, correspondiente a una eliminatoria de la Copa Davis.

pronto, se le ha subido el telón mientras aseguraba, en escena, un decorado; el sueco de la juerga flamenca; el yanqui en la Corte del Rey Arturo.

Un "tercera generación"

La historia de siempre. El abuelo crea la industria y el

padre la amplía. Después manda sus hijos a la Universidad a que se hagan ingenieros y economistas. Los "tercera generación" en la industria ya vienen con otras ideas; hasta se permiten tener opiniones políticas. Como este joven Carlos Ferrer, licenciado en Ingeniería Química y en Filosofía y Letras, que se deja encarcelar —pocos días,



desde luego— por defender la tendencia europeísta, allá por 1958, cuando el franquismo admitía pocas bromas, ni siquiera de los hijos de la burguesía. Ese chico, medianamente inquieto, que simultanea la dirección de las empresas familiares, y algunas nuevas, con el Círculo de Economía, donde bajo la respetada autoridad de Vicens Vives dan lecciones de liberalismo y libertades Juan Sardá, Fuentes Quintana, José Luis Sampedro y Fabián Estapé. Allí se habla de democracia liberal y de proyectos para el futuro.

Cuando años más tarde, Carlos Ferrer se haga cargo de la presidencia de la CEOE, descubrirá, a fuerza de sobresaltos, que, en realidad, él es un producto atípico en esta sociedad preliberal, en la que la tradición industrial catalana es, asimismo, un islote relativamente pequeño. Lo cierto es que de ese millón y pico de empresarios que comprende la CEOE, la mayoría (un 99,7 por 100) son pequeños y medianos patronos. Muchos de ellos han comenzado de obreros y han conseguido hacer un modesto capital y poner en marcha una minúscula industria o comercio con unos cuantos empleados; otros muchos heredan la industria familiar, trabajando en ella desde la temprana adolescencia; aún los hay, de pasado menos limpio, que han llegado a la patronal con una camisa azul como salvoconducto.

La inmensa mayoría no tiene estudios superiores ni conocimientos económicos, fuera de los puramente pragmáticos de su trabajo cotidiano; casi todos, apolíticos, es decir, de derecha o extrema derecha ("poujadis-

tas", "qualunquistas") o con una determinada ideología a la que deben su fortuna. Son primeras, segundas generaciones, cuyas únicas preocupaciones son los salarios de sus empleados y los impuestos que pagan al Estado; se han acostumbrado al mimo de la dictadura, que les da ventajas en los enfrentamientos sindicales y les facilita créditos y protección. Cuando llegan los tiempos nuevos, la mayoría del empresariado está ciego de furor y es fácil presa de la demagogia y la manipulación: el Gobierno es "rojo", se les dice, y por su culpa nos estamos arruinando.

Mientras tanto, Carlos Ferrer sí sabe lo que pasa, pero su posibilidad de comunicación es nula. Cómo explicar a los pequeños empresarios que van a ser arruinados en cuanto se dé luz verde a las multinacionales. Cómo decirles que, cada vez más, no habrá proteccionismo, ni créditos por amistad, ni sindicatos corporativos. Evidentemente, este "tercera generación" ha llegado demasiado pronto y no sabe qué hacer.

Otro es el caso de los empresarios, cuya ideología "bunker" conecta con las aspiraciones de los empresarios. Olarra, los Oriol, cierto sector bancario, son los hombres ideóneos de la situación. Y la gente, que cuando es de derecha tiene mucho olfato para ver en la niebla, refuerza esta impresión pidiendo inconscientemente que sea Olarra el que esté en lugar de Ferrer.

Tenis y negocios

El presidente de la CEOE nació hace cuarenta y siete años en el seno de una familia catalana de industriales del sector químico, pero su historia para la leyenda comienza en 1953, cuando, con sólo veintidós años, inicia su futuro. En ese mismo año obtiene el Campeonato de España de tenis, es seleccionado para formar el equipo de la Copa Davis y funda Laboratorios Ferrer Internacional. Por entonces, va aprobando sucesivamente sus tres carreras: ingeniero químico, Filosofía y Letras y Ciencias Económicas. "Esta última —dice modestamente— la acabé ya de mayor, cuando tenía treinta años".

Sus triunfos en el tenis son

ya un recuerdo. Como cuenta Gregorio Morán ("Mundo Diario", 17-IX-78), el Campeonato de España lo obtiene de forma insólita tras haber pedido un respiro en medio de un partido que iba perdiendo. Sin demasiado fondo físico, su voluntad de ganar había sido la auténtica vencedora. En cambio, Laboratorios Ferrer, un cuarto de siglo más tarde, tiene 16 filiales en el extranjero: Alemania, Brasil, México...

sobra teoría. Sin duda se mueve mejor en el Club Siglo XXI, en el Comité Ejecutivo de la Cámara de Comercio de Barcelona, en el Comité español de la Liga Europea de Cooperación Económica, organismos, respetables todos ellos, a los que pertenece. Tampoco dio mal resultado como presidente del Fomento del Trabajo Nacional, la gran patronal catalana, desde donde dio el salto a la cúspide de la CEOE.

FIRMADO Y RUBRICADO

- *Dinero, dinero y más dinero, si queremos conseguir nuestros objetivos.*
- *Aceptamos un sistema de economía social de mercado que no ha existido ni existe todavía en España.*
- *Queremos una España democrática y estable, que garantice el orden público.*
- *Las fuerzas políticas, en vez de enfrentarse con urgencia y ánimo constructivo a la solución de las graves cuestiones económicas que nos aquejan, se entretienen en temas secundarios y en luchas internas y partidistas, mientras el país se degrada material y psicológicamente.*
- *El orden público y la autoridad se deterioran día a día.*
- *Está en juego el tipo de sociedad que vamos a tener, porque puede quedar algo confuso e inoperante y podemos ir a una situación italiana muy fácilmente.*
- *Si se hace una ruptura económica y social, creo que puede ser desastroso para el país. En Portugal se produjo y fue terrible.*
- *No hay duda de que hoy España está peligrosamente escorada a la izquierda.*
- *Uno de los regímenes más de derechas que conozco es el soviético.*
- *Yo creo que las reglas del deporte deberían ser un poco las de la vida (...). Creo que el deporte tiene una gran importancia social, porque responde a esta competencia del ser humano y a su deseo de superación.*
- *Carrillo está consiguiendo imponer sus criterios al Gobierno, que no es poco. Está participando en el Gobierno sin estar en él y sin el lógico desgaste que produce el poder.*

(Carlos Ferrer, en entrevistas y conferencias)

En estos veinticinco años, varias empresas —Contax, Banco de Europa, Calitax— que se van sosteniendo, y, otras, que se derrumban de modo estrepitoso, como EYSSA (Enclavamientos y Señales, S. A.), que, al parecer, terminaría con las hasta entonces buenas relaciones entre Carlos Ferrer y Pedro Durán Farrell. También, su boda, a los treinta y cuatro años, con la heredera belga Blanca Serra de Migni, intérprete de castellano en Bruselas e hija de una familia dedicada a los negocios inmobiliarios en Bélgica.

Carlos Ferrer no es, desde luego, un industrial brillante. Probablemente, le falta agresividad y ambición de dinero y le

Demócrata, pero menos

Su formación universitaria y su pasado —¿presente?— europeo no deben confundir: Ferrer es un hombre casi tan a la derecha como la mayoría de sus representados. Sólo que lo dice más educadamente y sabe lo que dice. Se niega a calificarse a sí mismo políticamente, pero opina que España "está muy a la izquierda". Dice que en Europa los partidos pertenecen todos a un centro-izquierda o a un centro-derecha, y que eso es lo que hay que hacer en España. Deliciosamente desmemoriado, olvida que Italia, Francia o Portugal son también Europa. ¿No será que para Car-

los Ferrer, Europa es solamente Inglaterra, Alemania Federal e, incluso, los Estados Unidos?

Tiene, también, otros fallos históricos y significativas omisiones estructurales. Por ejemplo, dice que la burguesía española —el empresariado— luchó siempre por las libertades, aun durante el franquismo; opina que el Plan de Estabilización de 1959 es la consecución de las libertades económicas por parte de los capitalistas, y se lava las manos si el resto de las fuerzas —políticas, culturales— del país no las lograron. El argumento no dejaría de ser convincente si no fuera porque todos sabemos que los grupos de presión tecnocráticos hicieron el gran negocio obteniendo una liberalización del mercado, sin la contrapartida de las libertades políticas, sindicales o de prensa que les pudieran haber contenido. Lo de 1959 fue un pacto entre el capital financiero y la dictadura; en parte obligados por la quiebra en que debía desembocar necesariamente la autarquía y, en parte, como mutuo beneficio, no sólo medido en dividendos, sino en las ventajas políticas derivadas del consumismo.

También señala a Europa Carlos Ferrer, cuando dice que la inflación debe ser detenida más bien por medio de la contención salarial que de la restricción crediticia, "como en Francia e Inglaterra". Pero se olvida de que en los países de Europa Occidental, la participación de la masa salarial en la renta nacional es patentemente más elevada que en España y que los aumentos salariales eran un derecho más que justificado para los trabajadores españoles, que habían soportado con sus percepciones, indignamente reducidas, el mayor peso del crecimiento.

Sin olvidar las recomendaciones a los banqueros norteamericanos, en Nueva York, sobre la peligrosa línea izquierdista que estaba siguiendo la política española. La total impresión que produjeron sus palabras, incluso en Suárez y Fernández Ordóñez, que se despacharon a gusto con los periodistas, hizo decir a Ferrer que las tan aireadas recomendaciones "apenas fueron tres minutos de un discurso de tres cuartos de hora". ¿Ha contado Ferrer la cantidad de cosas que pueden decirse en tres minutos?

LA LIBERTAD DEL OTRO

IMAGINEMOS que los ateos organizan protestas por la proyección de películas de santos y milagros. Sería un escándalo. Se diría que no permiten la libertad de los creyentes, que ejercen una censura, que son intolerantes, intransigentes. Los ateos, sin embargo, explicarían sus razones: creen que los milagros no existen y que son inventos para embaucar al pueblo, que las leyendas de santos son instrumentos para ejercer el dominio por la vía de lo irracional. Creen que esas películas son dañinas para espíritus cándidos y poco preparados, sin formación suficiente. Un grupo de cien ateos se encerrarían en el reactor nuclear de la Moncloa —como ejemplo de templo racionalista— y decidirían no salir hasta que el Estado prohibiera las películas de santos. Serían expulsados por las fuerzas del orden, que practicarían algunas detenciones; y todo el mundo —usted y yo, también— les acusaríamos de desestabilizadores, de antidemócratas y de tratar de imponer sus opiniones a los otros.

Sin embargo, lo contrario parece natural. Vivimos una vieja inercia que parece favorecer ciertas actitudes mentales, dotarlas de "principios", de "fundamentos", de "moral". Ciertamente alguna película puede ofender a los creyentes: si no van a verla, no se ofenderán. Están creando el sofisma de que lo que ellos no toleran para sí mismos, no es tolerable para nadie. Los antidivorcistas no quieren el divorcio: que no se divorcien. Pero, ¿por qué han de impedir que se divorcien los que sí quieren? Imaginemos que los divorcistas salen a la calle pidiendo a gritos no una ley de divorcio para ellos, sino el divorcio obligatorio para todos. Que el Estado separe a la fuerza a todas las parejas, quieran o no, y que prohíba los matrimonios. ¿Por qué esto ha de ser un desmán y lo otro no?

Ocurre hasta con lo elemental. Se aceptan y se acatan los carteles prohibiendo fumar: se entiende que, quien los pone, tiene derecho a impedir que en su ámbito su visitante no fume. Por la misma razón, el fumador podría colocar en su despacho un letrero de "Obligatorio fumar". Pero las prohibiciones siempre van en un solo sentido.

Ahora, el Estado, como en los viejos tiempos, suspende una función teatral. Porque quizá ofenda a la moral y las buenas costumbres. Quizá: no ha habido ningún juicio que lo determine. No hay una definición de la moral y las buenas costumbres. Y, sobre todo, no se obligaba a entrar al local a nadie. Por el contrario, quien quisiera entrar, sabiendo a lo que se exponía, tenía que hacer un buen dispendio económico. El que no quería exponerse al mal gusto, o a lo soez —si es que lo había—, o al ataque a sus principios, no tenía por qué entrar. Yo, por ejemplo, no fui nunca a ver esa obra de teatro. No quise, no me interesaba, me molestaba. Pero sería capaz de ir a verla, dos o veinte veces, si mi horrible sacrificio sirviese para que pudieran verla aquellos a quienes complace ese género de espectáculos. Creo que lucharía porque nadie prohibiese la obra de Olano, que no es de mi línea. A condición de que los que van a ver esa obra no quisieran prohibir la que me gusta a mí. ■

POZUELO

CARLOS FERRER SALAT

El hombre clave

El resultado de todo esto es que, en último término, Carlos Ferrer es el hombre del futuro. De un futuro que es fácil adivinar muy ligado a la penetración del capital exterior, americano sobre todo, y apoyado en pactos y conversaciones. Para ello se necesita un hombre de buen talante negociador, con determinados conocimientos, desligado de los intereses del antiguo régimen y celoso vigilante de la ideología y los intereses de la derecha de nuevo cuño. Por eso, cuando se formó la gran patronal y se descubrió que los dirigentes, exceptuando, quizá, a Max Mazim, cojeaban del mismo pie franquista, se recurrió a los buenos oficios de ese muchacho de Catalunya que tenía tan brillante "curriculum vitae", incluidos sus tres días más rentables: los pasados en la cárcel Modelo.

Claro que no se contaba con que se iba demasiado de prisa para un país como España que, en materia económica, se encuentra en la prehistoria del capitalismo. Sin un período histórico suficientemente largo, de liberalismo político, las fuerzas económicas apenas han salido de la etapa preindustrial. Sin tradición de competitividad ni de libre mercado, los patronos se parecen más a caciques comarcales y a empresarios artesanales que a industriales neocapitalistas. Tan sólo un modesto 0,3 por 100 de las empresas se aproximan algo al modelo de gran industria de los países desarrollados.

Este evidente desajuste entre la mayoría de los empresarios y el hombre que los dirige ha tenido curiosas alternativas a lo largo de este primer año de la CEOE. En ocasiones, los empresarios han encontrado a su presidente demasiado tibio y le han exigido más firmeza en su lucha contra el Gobierno de rojos. En otras ha sido el propio Ferrer el que ha intentado ponerse a la "page" acentuando el desgarramiento populista. Pero, la verdad, al hacer balance de estas actuaciones no hay más remedio que reconocer que Ferrer ha hecho el papel regular tirando a mal. Y es que no hay cosa más penosa que cuando los señoritos se

ponen a intentar comprender e imitar al pueblo. Siempre se parecen a Amestoy hablando con los Botejara.

Nueva oportunidad

Fue esta incertidumbre en cómo había de comportarse y qué es lo que debía hacer y decir, lo que estuvo a punto de ser causa de la defenestración de Ferrer. Antes del verano, las fuerzas que lo habían aupado para que cumpliera su misión, estaban indignadas. Hubo un importante banquero, en muy buenas relaciones con el Gobierno Suárez, que pidió públicamente la cabeza de Ferrer.

Durante el mes de julio parece ser que el Gobierno acarició la posibilidad de introducir a un hombre de confianza al frente de la CEOE. Se habló de López de Letona y de Santiago Foncillas, ambos titulares de importantes cargos en empresas públicas, en fechas bastante recientes. Pero se encontraron con la decidida oposición del sector empresarial "ultra", que se oponía, en forma tajante, a que el Gobierno dominara de forma tan descarada la CEOE. Olarra dijo en varias ocasiones que se oponía con todas sus fuerzas a que la patronal fuera manipulada desde el poder. Se cernía el peligro de la escisión, tan temido por Suárez.

Y en esta tesitura volvió a surgir el ya casi olvidado Ferrer, que, tras un largo parlamento con Abril Martorell, hacia propósito de la enmienda y ganaba así una nueva oportunidad. En las conversaciones entre Ferrer y Segurado, publicadas por "Interviú", aquel último repite el proceso descrito, que es tácitamente admitido por Ferrer.

Claro que ahora las cosas no van a ser como antes. Los "halcones" han sido barridos de las vicepresidencias y del Comité Ejecutivo de la CEOE y, en cambio, Ferrer ha nombrado una auténtica guardia de corps que se encargará tanto de ayudarlo como de vigilarlo. Todo el mundo está de acuerdo en que Ferrer por sí mismo es propenso a graves tentaciones y decaimientos. Como en el tenis, hay que parar la partida y darle un descanso. Sólo así es capaz de ganar. ■ R. C.